

Vista general de Jerusalén, la ciudad santa de los judíos, cuya destrucción anunciaron los profetas. Sobre la terraza que se ve en primer término, se levantó el templo de Herodes, sucesor del grandioso templo de Salomón.

Los profetas hebreos anteriores a la cautividad

La historia política de los hebreos constituiría un episodio sin importancia para la humanidad si no fuese porque sus catástrofes nacionales estimularon la aparición entre ellos de grandes espíritus superiores, videntes y poetas, cuya fuerza de expresión no ha sido superada todavía. Los antiguos hebreos les llamaban *nabís,* palabra de dudoso significado, pero que tal vez quiera decir "el que habla"; nosotros usamos la voz griega *profeta,* que significa "el que habla por otro". Este otro es el Dios Unico de Abraham, Jacob y Moisés. En su tiempo, los profetas hebreos no tuvieron ninguna influencia fuera de la nación judía, pero más tarde su eficacia fue enorme: todos hemos experimentado, directa o indirectamente, los efectos del entusiasmo y de la fuerza moral que animaban a Isaías, a Jeremías y hasta a los profetas menores. Como los profetas eran al mismo tiempo agitadores políticos, interviniendo en los asuntos de estado con sus comentarios violentos y a veces fomentando revoluciones, se impone aquí un previo resumen de la historia de los judíos desde su regreso de Egipto.

Los relatos bíblicos y los resultados de la moderna investigación están de acuerdo en



que a la muerte de Moisés los israelitas continuaban vagando al este del Jordán. Ya hemos dicho que allí el país se levanta en altas mesetas rocosas, que son el Moab y Edom, mencionados en la Biblia. Estaban ocupados por tribus de semitas, sin organización suficiente para oponerse a los hebreos, a quienes Moisés, recordando tradiciones de los abrámidas, había infundido un sentimiento de solidaridad nacional ignorado por las gentes del desierto.

Pero pronto el país de Canaán, o la Palestina, que se veía como una tentación al otro lado del Jordán, despertó las ambiciones de algunos grupos de familias israelitas. "Y Judá dijo a su hermano Simeón: Ven conmigo y combatiremos a los cananeos..." Así empieza el Libro de los Jueces, revelando una versión más exacta que la que aparece en el Libro de Josué, según la cual los israelitas atraviesan milagrosamente el Jordán a pie enjuto y Josué, como un héroe de Plutarco, organiza la conquista de Canaán, ayudado por Dios, que hace caer las murallas al son de las trompetas. No; la invasión del país al otro lado del Jordán se verificaría gradualmente y no estaban los hebreos solos en esta aventura ni todas las tribus de Israel se lanzaron a ocupar la tierra de promisión. Algunas familias israelitas quedáronse para siempre en la Transjordania; en cambio, la Biblia habla de aliados beduinos, "descendientes del suegro de Moisés", aliados de la tribu de Judá en la campaña contra Canaán.

Gradualmente, los israelitas desposeyeron a los antiguos cananeos de sus dominios. Es de creer que se aprovecharían de sus rivalidades para desembarazarse de ellos, por lo menos en parte. La correspondencia oficial de Tell el-Amarna, que hemos mencionado en el capítulo anterior, da cuenta del lastimoso estado de disgregación política a que había llegado Canaán en sus últimos tiempos como provincia de Egipto. En el macizo montañoso del Norte predominaron las tribus guerreras de Efraím y Manasés; en el Sur, en las sierras entre la costa y el mar Muerto, se establecieron las familias de Benjamín, Judá y Simeón. La ocupación de Palestina por los israelitas debió de verificarse a principios del siglo XIV a. de J. C., en un momento de debilidad de Egipto y cuando

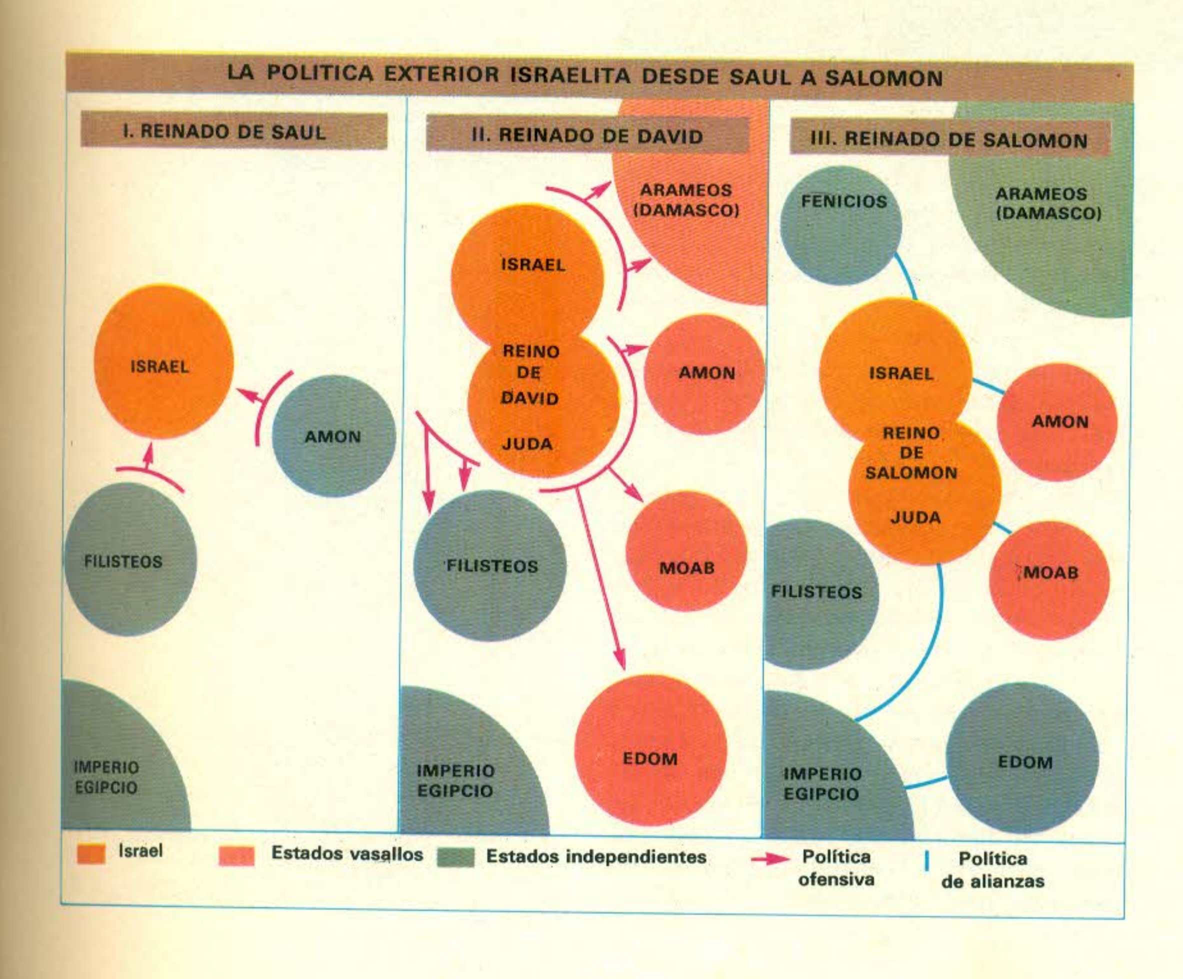
Estela de caliza del siglo XVIII antes de J. C. con representación del dios Baal de los cananeos en actitud de cortar las nubes con su espada y de golpear el suelo con el rayo que lleva en su mano izquierda (Museo del Louvre, París).

Asiria no había alcanzado aún la categoría de gran potencia asiática. Los únicos enemigos, pues, que tuvieron que vencer los hebreos fueron los débiles reyezuelos de raza semítica o cananeos y los grupos de hititas que ocupaban algunos lugares fuertes del país. El trato que recibieron unos y otros fue muy distinto. Según la Biblia, Iavé había ordenado el exterminio de los ocupantes de Canaán, pero también cuenta que Iavé fue desobedecido, y si en unos casos fueron pasados a sangre y fuego los lugares y sus habitantes, en otros se llegó a un arreglo, conviviendo los hebreos con los antiguos ocupantes en regular armonía. Los hititas fueron respetados por lo fuerte de sus poblados; por lo que toca a los cananeos, en la Biblia se especifica de manera categórica, en el Libro de Josué, que "cuando los israelitas fueron más poderosos, hicieron tributarios a los cananeos, pero no los exterminaron por completo".

Según los profetas, este error inicial en los días de la conquista fue la causa de todos los males del pueblo judío. Se aseguraba que, por medio de un oráculo pronunciado en Boakim, Iavé, el Dios Unico, había dicho: "Yo no repudiaré el pacto que hice con Abraham, a pesar de que os ordené que no tratarais con los habitantes de este país y teníais que destruir sus altares... Y porque



Cabeza de Baal tallada en basalto, procedente de la región de Alepo (Museo del Louvre, París). Por su estilo pertenece al arte de Siria del siglo XVI a. de J. C., cuando allí estaban asentados los hurritas.



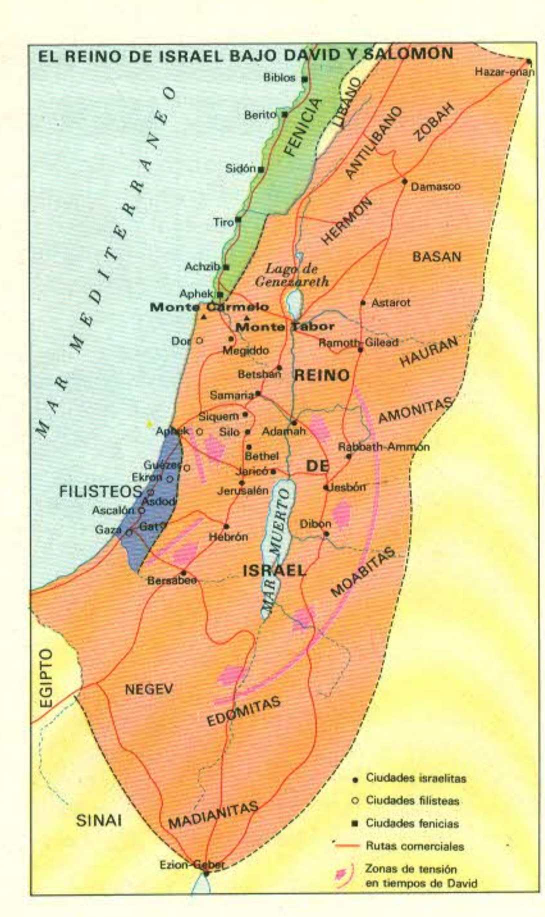


Saúl, primer rey de Israel, por Rembrandt (Galería de Arte, Francfort). En el siglo XI antes de J. C. fue ungido rey por el último de los Jueces, Samuel, pero fue incapaz de consolidar su dinastía a pesar de sus triunfantes campañas guerreras. Luchando contra los filisteos, se quitó la vida.

no habéis obedecido, yo tampoco destruiré a los cananeos; ellos estarán a vuestro lado, y sus dioses serán un peligro constante para vosotros". He aquí unas palabras muy propias de Iavé, que a veces probaba a sus elegidos con la tentación del error.

El peligro de la vecindad de los cananeos era verdaderamente temible para los israelitas, que llegaban allí después de una larga peregrinación por el desierto. Los cananeos no eran nómadas, pues vivían en ciudades amuralladas, y aunque su agricultura era rudimentaria, tenían ciertos refinamientos que no conocían los israelitas. Por los *Trabajos de Mohar* hemos podido enterarnos de que las mujeres cananeas provocaban con su lascivia hasta a los viajeros egipcios. Además, hebreos y cananeos eran de la misma raza y hablaban una misma lengua; no hay grandes diferencias entre las varias lenguas semíticas, y el hebreo y el cananeo eran prácticamente idénticos. El gran peligro era, pues, para Iavé. Iavé, único, invisible, sin compañía en el cielo, se satisfacía con ofrendas y una sincera piedad. En cambio, el culto de los cananeos era una sucesión de ritos sangrientos, prácticas que, aun siendo muy duras, como el sacrificio de los primogénitos, no exigían una conversión espiritual. Los dioses cananeos eran el Belo o Baal fenicio y la Astarté o Ishtar sumeria, que adoptaron los semitas de Mesopotamia. Tenían diferentes nombres o atributos: Ishtar, que era a veces masculino, parece ser el Kamos de los semitas de Moab y el Athar de los beduinos de la Arabia. En un principio era la estrella matutina; después se consideró como la Luna en creciente, diosa también de la fecundidad y la fertilidad de la tierra. Se la representaba como un tronco de árbol o una piedra. Baal (el Señor) quería las torturas y mutilaciones del cuerpo humano, en que se complace morbosamente el hombre exaltado en todos los países y más en el Oriente. Cuando se reflexione que estos mismos cultos semitas tuvieron el poder de trastornar a los sesudos romanos muchos siglos más tarde, y que los "misterios" de la iniciación y los ritos sangrientos triunfaron del paganismo clásico, no extrañará que los hebreos olvidaran a Iavé por los Baalims y Astartés que sólo se satisfacían con ceremonías cruentas.

Excavaciones recientes en el país de Canaán han puesto de manifiesto la vida de los primitivos cananeos al llegar allí los israe-



SANSON Y DALILA

El país donde se instalaron los israelitas después de su estancia en Egipto estaba habitado por gentes que hablaban un grupo de dialectos semíticos y a los cuales los israelitas denominaron, colectivamente, cananeos. Los cananeos continuaron en el país en su mayor parte y los israelitas aprendieron de ellos a construir ciudades y a progresar en la agricultura. Frecuentemente fueron introducidos cultos cananeos de la fertilidad entre el pueblo de Israel, contra lo cual claman constantemente las Sagradas Escrituras.

Alrededor de Palestina habitaban una serie de pueblos nombrados a menudo en la Biblia, contra los que el pueblo de Israel tuvo que luchar a lo largo de su historia: moabitas, amonitas, etc. Pero la amenaza más grave para las doce tribus en los primeros tiempos de la ocupación de Palestina procedía de los elementos que se habían instalado al Oeste, en la llanura costera, aproximadamente en la misma época que los israelitas. Estos elementos pertenecían a los llamados "pueblos del mar" y eran sobre todo los filisteos.

Los "pueblos del mar" se lanzaron en el siglo XII desde el Mediterráneo sobre Anatolia, acabaron con el Imperio hitita, destruyeron muchas ciudades de Siria y la costa de Palestina y amenazaron a Egipto, pero fueron vencidos por el faraón Ramsés III. Pocos años después de esta derrota, los filisteos se establecieron en la llanura de la costa sur de Canaán. La Biblia cita cinco ciudades dominadas por ellos: Ascalón, Azoto, Acarón, Gat y Gaza. Aunque cada una de ellas estaba regida por un señor independiente, para los asuntos políticos y militares los cinco soberanos formaron una liga, lo que les hizo más fuertes. Pronto empezaron a ejercer presión sobre sus vecinos del Este. En el relato bíblico se muestra la tribu de Dan como oprimida por los filisteos.

El primer período de conquista y asentamiento de los israelitas en Palestina hasta la institución de la monarquía es relatado en el libro de los Jueces. No existía en aquel período (hacia 1200-1025 antes de J. C.) una autoridad general sobre la anfictionía de las doce tribus. Se menciona a ciertos héroes que eran caudillos de una o varias tribus de Israel en momentos de peligro y a los que se llama Jueces. No eran magistrados de judicatura, sino que su cometido era el de "salvadores" del pueblo oprimido. Unos cuantos de ellos surgieron por propia iniciativa como libertadores o eran elegidos por sus compatriotas o por Yahvé directamente. La Biblia menciona doce Jueces, de ellos seis mayores: Otniel, Ehud, Baraq, Jefté, Gedeón y Sansón, sobre cuya actuación se dan noticias detalladas, y otros seis menores, de los que sólo hay datos muy escasos.

Según el relato bíblico, Sansón fue juez durante veinte años. No se expone una historia completa de estos veinte años de actividad, sino la narración de algunas hazañas de este héroe. Sansón nació de mujer estéril, como otros héroes de Israel, y por directa orden divina fue nazareo desde su nacimiento.

La consagración como nazareo comportaba la abstención de cualquier producto de la viña, del contacto con cuerpos muertos y de cortarse el pelo y la barba. El nazareo estaba consagrado especialmente a Yahvé.

Las hazañas de Sansón aparecen agrupadas en torno a tres mujeres filisteas, formando tres grupos de diferente importancia y extensión:

1.ª Sansón se casa con una mujer filistea de Timná. En el banquete de bodas propone un enigma a varios filisteos, comprometiéndose a pagar con treinta túnicas y treinta mudas si logran descifrarlo. A ruegos de su mujer, le confía la solución del enigma, pero ella le traiciona y descubre el secreto a los filisteos. Enojado, Sansón mata a treinta filisteos para pagar su deuda y regresa a la casa de su padre. Pocos días después, el héroe visita a su mujer, pero en el intervalo ha sido dada por su padre a un filisteo.

Para vengarse, Sansón apresa trescientas zorras, las ata de dos en dos y pone una antorcha entre cada dos rabos. Prende fuego a las antorchas y suelta a las zorras por los campos de los filisteos, incendiándose las mieses.

En represalia, los filisteos queman a la mujer de Sansón y a su padre. Entonces el héroe les combate, infligiéndoles derrota tras derrota. Los filisteos arman un ejército y suben a Judá. Enterados los habitantes de Judá del motivo de este despliegue militar filisteo, acuden a Sansón para pedirle que se deje prender y entregar a los filisteos. Sansón accede y es atado con dos cuerdas nuevas. Pero al hallarse ante sus enemigos le invade el espíritu de Yahvé, rompe las cuerdas que le ataban y con una quijada de asno mata a mil filisteos.

2.ª Sansón va a Gaza y visita allí a una ramera. Aprovechando la ocasión, los filisteos le preparan una emboscada, pero cuando el héroe despierta arranca las puertas de la ciudad y se las lleva a una montaña situada frente a la ciudad de Hebrón.

3.ª Por tercera vez Sansón se enamora de una mujer filistea, Dalila. Ésta es sobornada por los príncipes de los filisteos para que averigüe el secreto de la fuerza de Sansón. Y se repite la primera historia: la mujer insiste en conocer el secreto, y aunque Sansón se niega y le cuenta varias mentiras para engañarla, acaba por confesarle que el secreto de su fuerza reside en su larga cabellera. En realidad, su fuerza está condicionada al cumplimiento de su voto de nazareo, que comporta el no cortarse el cabello. Al saberlo, Dalila lo adormece, le corta el cabello y lo entrega a los filisteos, que le sacan los ojos, lo llevan a Gaza y le obligan a dar vueltas a una muela de molino.

Poco tiempo después, los filisteos celebran una fiesta en honor de su dios Dagón y Sansón es llevado al templo para burlarse de él. El héroe invoca a Dios para recuperar su fuerza, lo que le es concedido. Entonces, apoyándose en las dos columnas centrales del templo, hace que éste se desplome, muriendo con él tres mil filisteos.

El narrador quiso mostrar que, por una parte, la pasión incontenida de Sansón dio ocasión a la lucha contra los filisteos y, por otra, su infidelidad con el voto de nazareo le acarreó la ruina.

Algunos exegetas ven en el ciclo de narraciones de Sansón un mito semejante a las hazañas de Hércules o a ciertas leyendas babilónicas.

De todos modos, es evidente que estas narraciones enmascaran una situación histórica conocida. Los filisteos presionaban hacia el Este y los israelitas tuvieron que enfrentarse con ellos en larga lucha que perduró hasta la época de los Reyes.

Sansón fue probablemente un caudillo tribal cuyas hazañas le hicieron cobrar fama. Después, los relatos sobre sus hazañas las magnificaron.

M. P.

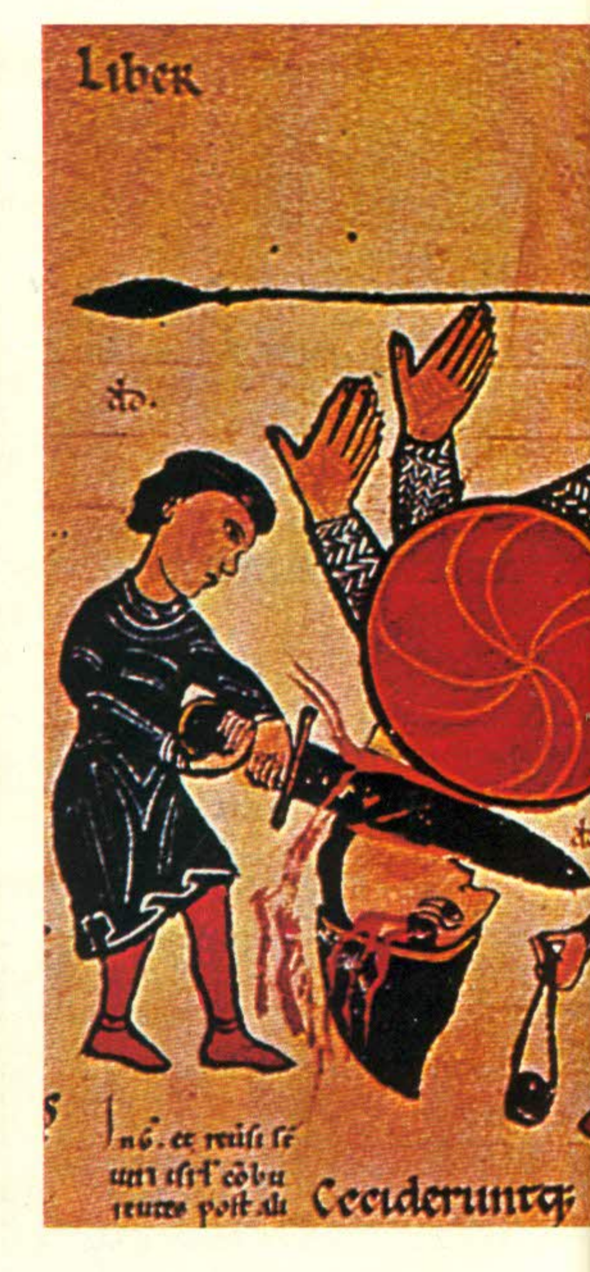
litas. En Guezer, en el centro del poblado, había una fuente a la que se descendía por una larga escalera labrada en la roca. Las casas eran chozas cubiertas con cúpulas de barro, y las murallas tenían un grueso de cuatro metros. Las murallas de Megiddo y las de Jericó eran más gruesas todavía. Las ciudades cananeas que no estaban amuralladas tenían un *Milo* o ciudadela para refugio y además el lugar alto o santuario. El de Guezer consistía en diez enormes piedras derechas, de las cuales ocho estaban todavía en pie, en el centro de un recinto pavimentado. La segunda de ellas parece haber sido más venerada que las demás, porque se halla gastada y pulida por los besos de los fieles, y

la séptima no es de las canteras del país; debió de ser llevada a Guezer desde los alrededores de Jerusalén. En Tell el-Safi hay tres monolitos en el santuario, y en Megiddo dos, pero el recinto es más artístico. Tanto en Guezer como en Megiddo hay un altar. Muchas veces los santuarios cananeos están construidos sobre cuevas que son verdaderas necrópolis de niños. El horrible rito del sacrificio de los primogénitos se ve aparente en todos estos lugares altos, pero además hay que imaginarse mil otras prácticas crueles, ejecutadas en el paroxismo del fervor, con la excitación que producen el vaho de la sangre y las bebidas y la aglomeración de gente congregada para la ceremonia.

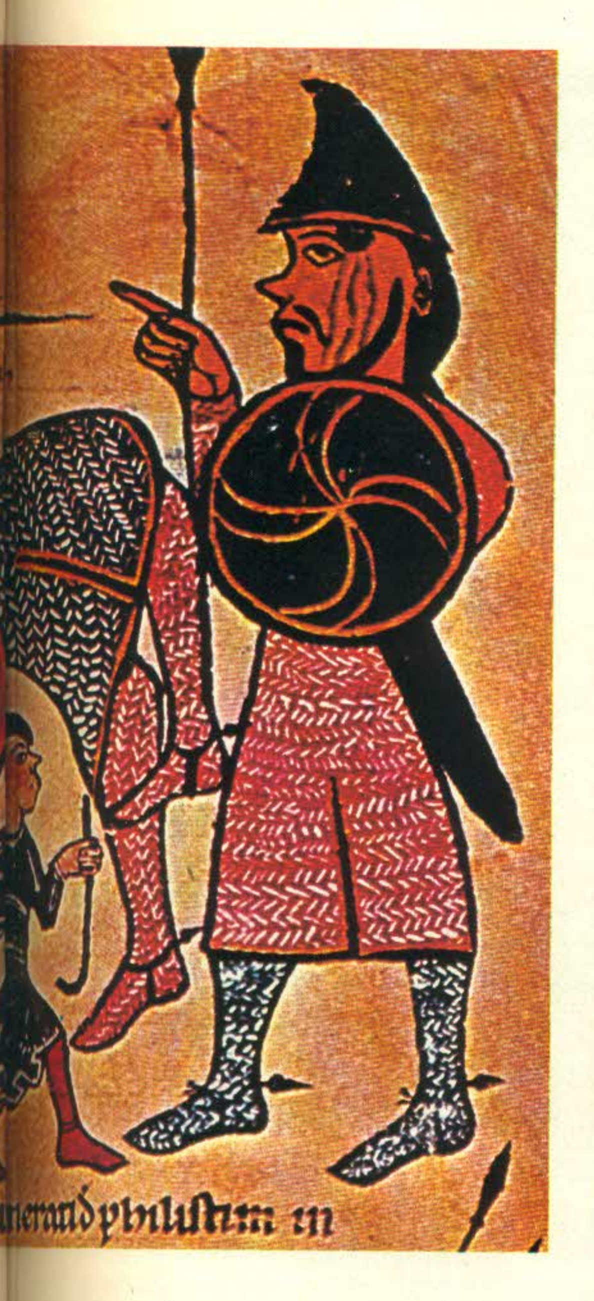
En medio de estas poblaciones de diferentes creencias pasó a habitar el pueblo de Iavé. De momento, el Arca, que era de madera de acacia y guardaba las tradiciones del desierto y los diez preceptos de Moisés, se instaló en Silo, donde ya había existido un santuario cananeo. Pero el culto a Iavé se practicaba también en Bethel, Gilgal, Mizpa, Guilboa y Hebrón. Pronto, junto a estos santuarios se instalaron también los cultos cananeos.

Actualmente se explica y hasta se excusa este dualismo, porque mientras Iavé es el dios que atiende a servicios espirituales y combate por los judíos en tiempo de guerra, los Baalims son dioses de la fertilización, de los cultivos, de las cosechas, de la lluvia. Un teólogo moderno establece una comparación de las funciones de Iavé con las del ministro de Estado y Guerra y las de Baal a las del ministro del Interior.

Durante más de un siglo, las tribus israelitas vivieron sin organizarse en Canaán. Pero a los enemigos seculares, hititas y cananeos, vino a sumarse otro factor que obligó a los hebreos a agruparse bajo las órdenes de un caudillo: este nuevo factor fue el poder siempre creciente de los filisteos. En un principio, los filisteos ocupaban sólo cinco ciudades de la costa: Gaza, Ascalón, Ashod, Ekrón y Gad. Era, pues, la Filistina una pentápolis o confederación de cinco ciudades, casi emporios o mercados, sin ambición política. Estos nuevos enemigos de los hebreos no eran semitas, sino hombres de raza mediterránea; eran los primitivos helenos que habían tenido en Creta su centro capital de dispersión. Fueron los filisteos, cretenses minoicos, los que dieron su nombre moderno a Canaán (pues que Palestina viene de Filistina). Los relieves egipcios nos los representan altos, delgados, de cuerpo ceñido y estrecha cintura, con la cabeza decorada con penachos de plumas.



Vasos de terracota procedentes de Palestina, del II milenio a. de J. C. (Museo del Louvre, París).



Dos miniaturas que representan la lucha de David con Goliat. La primera proviene de un manuscrito griego del siglo X *(Biblioteca Nacional, París). La segunda está sacada de la Biblia segunda de la colegiata de San Isidoro de León, del siglo* XII.

Al tratar de ellos en el capítulo destinado al estudio de las primeras civilizaciones mediterráneas, ya hemos hecho alusión a sus lascivas cortesanas, que hicieron perder la cabeza al pobre Sansón. En la Biblia se llama a los filisteos "el pueblo de Kaftor" (y también Kretim). Es muy posible que a la llegada de los hebreos a Canaán los filisteos pensaran sólo en comerciar desde la costa, pero al empezar la destrucción de la cultura minoica con la invasión de Creta y Grecia por las bandas de bárbaros nórdicos, los cretenses debieron de refugiarse en las colonias y, sintiéndose estrechos en ellas, empujarían a cananeos y hebreos hacia el interior. La Biblia refleja este cambio. Mientras en el Libro de Josué se ve a Israel pelear con los cananeos, en el Libro de los Jueces los enemigos más peligrosos son los filisteos.

Sansón, Gedeón, Débora y Barac son los héroes más o menos legendarios del período de transición entre la organización patriarcal y la institución de la monarquía. Esta se hizo inevitable. Un primer caudillo, Abimelec, fue coronado en Sichem, pero su reinado sólo duró tres años. Las dificultades con que hubo de luchar y su trágico fin prueban que los hebreos no estaban maduros para una monarquía centralizada. Mas las incursiones de los filisteos en Canaán se hicieron tan molestas, que se pensó en organizar la resistencia. Un día, en la batalla de Eben-Ezer, los filisteos se apoderaron del arca de Iavé, que los hebreos llevaban para que les protegiera en las batallas. El arca no fue buen talismán para los filisteos y pronto la devolvieron cubierta de exvotos de oro. Quedó depositada en Kirjat-Jearim, en casa de un tal Abinadab, el cual la recibió como una gran fortuna, haciéndose en seguida él y su hijo

DE SAUL A SALOMON: LA ORGANIZACION DEL PAIS

REINADO DE SAUL

El reinado de Saúl coincide con un período de grave crisis en Israel: el país se halla amenazado a la vez por filisteos y amonitas. El poder confiado a Saúl tiene el mismo origen que la autoridad excepcional de los Jueces: en momentos de peligro, las doce tribus sostienen un ejército común bajo el mando de un jefe único.

Saúl, ungido por Samuel a la manera que los antiguos Jueces eran ungidos por los sacerdotes como señal de especial gracia divina.

Una parte del pueblo aclama a Saúl como rey.

La alianza religiosa de las doce tribus es la única base de la unidad política cuyo rey es Saúl.

El reinado de Saúl, en cuya duración no coinciden los historiadores, pero que parece haber sido muy breve, se reduce en todo caso a una empresa militar contra los enemigos de Israel, empeño no saldado con éxito, ya que Saúl no consigue victorias decisivas sobre los filisteos.

La monarquía de Saúl acaba trágicamente: cada vez más alejado de los grandes sacerdotes, acosado por una nueva ofensiva filistea, Saúl se suicida al comprobar su derrota en la batalla de Gelboé.

Saúl no legisla ni fija ninguna normativa sobre el poder monárquico, su alcance o las formas de acceder a él.

Ante la muerte del rey se presenta el problema de la sucesión, que se resuelve en una escisión del país israelita: una parte de las tribus eligen como rey a Isbaal, hijo de Saúl.

REINADO DE DAVID

Jefe militar afortunado, verdadero condotiero, David se aleja pronto de Saúl y como mercenario pasa al servicio de los filisteos.

A la muerte de Saúl, las tribus de la casa de Judá, con las que David había estado muy relacionado, le eligen rey, a lo cual éste accede, probablemente con el asentimiento de los filisteos, que favorecerían la escisión de sus enemigos.

El reinado de Isbaal dura poco y David es monarca único, coronado "rey de Israel y Judá".

El nuevo monarca trata de constituir una unidad estatal más sólida: formación de un ejército permanente, capitalidad en Jerusalén con centralización religiosa.

El estado de David sobrepasa ya la organización tribal israelita y se convierte en un estado plurirracial al englobar las ciudades-estado cananeas. La antigua alianza hebrea es sustituida ahora por una estructura política cuyos personajes clave son los funcionarios reales colocados al frente de los distritos administrativos en los que David divide el país.

REINADO DE SALOMON

No supera, sin embargo, las tendencias separatistas de las tribus del Norte ni consolida la nueva monarquía con unas leyes sucesorias.

Episodio de Absalón.

Formación de dos partidos hostiles que sostienen distintos herederos al trono.

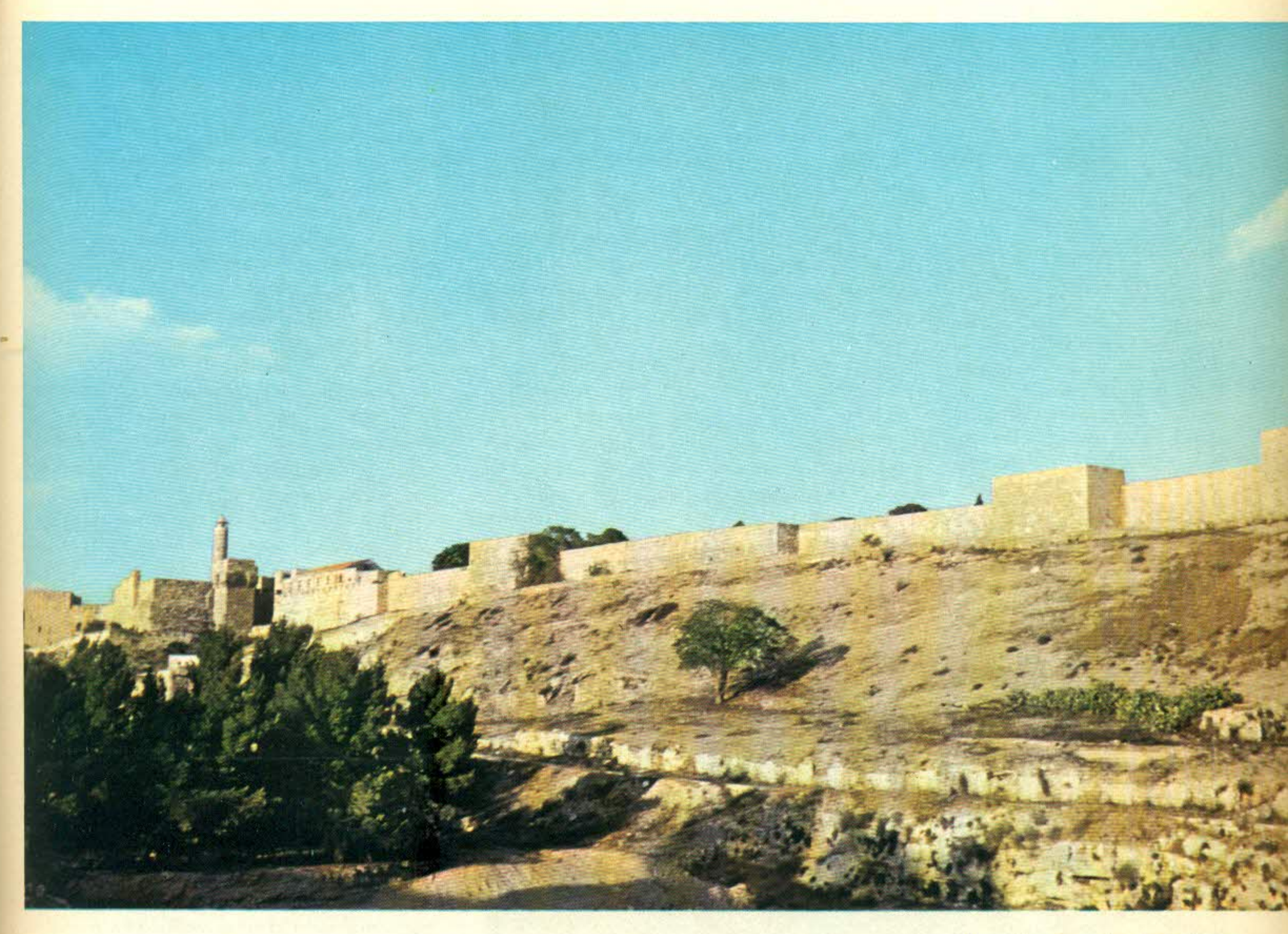
Salomón es proclamado único heredero de David.

Bajo Salomón habrían prosperado, aparte la agricultura y la ganadería, algunas tentativas de carácter comercial –transporte de oro por el mar Rojo, fundición y exportación de minerales– en estrecha connivencia con los fenicios.

Salomón divide el territorio en doce distritos fiscales, a cuyo frente funcionarios distintos aseguran una administración real en los distintos campos: civil, religioso o militar. Todos los habitantes están sometidos al pago de impuestos y los cananeos a prestaciones obligatorias de trabajo.

Los ingresos fiscales garantizan el funcionamiento del estado, las obras públicas –caminos, almacenes, establos– o las grandes construcciones suntuarias –templo y palacio de Jerusalén–.

La amenaza de escisión reaparece a la muerte de Salomón como protesta ante su política centralista y las cargas fiscales.



Murallas actuales de Jerusalén, con la llamada torre de David al fondo.

sacerdotes de Iavé. Esto causó desolación entre la comunidad de Silo, que era la que antes guardaba el arca, y un sacerdote, Samuel, coronó rey a Saúl.

Antes de Saúl es seguro que no había en Israel más autoridad que la que encontramos todavía entre las tribus semitas de la Arabia, cuyo jeque señala el emplazamiento de los campamentos y dirige las campañas, representando a su grupo en las reuniones con otras tribus, pero no puede intervenir en asuntos privados entre los miembros de su propia tribu, ni castigarlos ni impedir sus íntimas querellas. De pronto aparece, sustituyendo al Consejo de los jeques o cabezas de familia, un monarca con autoridad absoluta. ¿Quién, cómo y cuándo se elige a este personaje superior, que dispone de las vidas y haciendas de sus compatriotas, muchas veces a pretexto del bien común, pero a menudo por la sola enunciación de su soberana voluntad? Las vacilaciones que observamos en el relato bíblico de la proclamación de Saúl complican el problema. Sin embargo, parece indudable que Saúl fue ungido y coronado rey casi contra su voluntad, lo que está de acuerdo con los resultados de la etnografía moderna. Hasta hace poco se creía que el fenómeno del monarquismo era el resultado de la ambición de un caudillo, que con su brazo o su astucia se imponía a los demás, en una palabra, el héroe-rey, y es evidente que un monarca así subsistiría mientras no apareciese otro más fuerte. Pero hoy se cree que en las sociedades primitivas el cargo de rey se impone, a la fuerza, a un individuo elegido para dirigir la comunidad en circunstancias difíciles, y cuando éste ha terminado la misión que le fue impuesta, se le mata o se le sustituye por otro. Así, por lo menos, parece que ocurría en los tiempos prehistóricos y en algunos pueblos salvajes.

Algo de esto encontramos en el relato bíblico de la instauración del sistema monárquico entre los hebreos; además, se ve que la autoridad de Saúl fue discutida desde el primer día porque no quiso adoptar el porte ni el tono de un monarca. No abandonó,

Miniatura del Psalterium Egberti que representa al rey David, sucesor de Saúl (Museo de Cividale de Friuli). El primer período de su mandato fue de gran prosperidad, pero a causa de su pecado fue castigado por Dios con la rebelión de su hijo Absalón. Hacia el año 1000 a. de J. C. liberó a su país de los filisteos y sometió a los habitantes de la ciudad de Jerusalén. Los libros sagrados llaman a Jesucristo hijo de David.



por ser rey, la hacienda de su padre. "Y Saúl se fue a su casa en Guibea... Y los hombres de mal corazón dijeron: –¿Cómo es posible que éste nos liberte?– Y lo despreciaron..."

Saúl tuvo, pues, que luchar con esta falta de respeto de algunos de sus compatriotas, con los enemigos exteriores y hasta con el mismo sacerdote influyente que lo había coronado. Su final también fue trágico: murió peleando contra los filisteos en los campos de Guilboa, atravesado con su propia espada por su escudero y abandonado de todo el mundo.

Su sucesor David, elegido también por el sacerdocio, no cayó ya en el error de despreciar las apariencias exteriores, que había perdido a Saúl. Por de pronto, estableció una capital para su reino, escogiendo un lugar en las montañas de Judea donde había una antigua ciudad de cananeos amurallada. En las cartas de Tell el-Amarna es llamada Uru-Salem, que Sayce traduce por ciudad de Salem, o de la Paz. El episodio de la conquista de Jerusalén por David revela todavía en este tiempo, hacia el año 1000 a. de J. C., la presencia de comunidades cananeas independientes entre los hebreos y bastante fuertes para desafiar al nuevo rey. Los cananeos, sitiados por David, se burlaban de él gritándole desde las murallas que se rendirían cuando no quedaran dentro de la ciudad ni ciegos ni cojos. David no sólo conquistó la plaza fuerte, sino que transportó a ella el arca de Iavé, que se hallaba todavía en casa de Abinadab. Así se estableció un centro religioso y político en aquel paraje apartado, lejos de las rutas comerciales, al borde del gran barranco del Jordán. Era un lugar escasísimo en agua, a dos pasos del desierto, apartado del mar y del tráfico de las gentes. ¿Qué podían hacer, pues, los espíritus superiores en Jerusalén, sino dedicarse a meditar acerca de los grandes problemas religiosos y morales que siempre han atormentado al hombre así que llega a tener uso de razón?

Fue tal la compenetración que más tarde se verificó de Iavé con Jerusalén, que se llegó a olvidar el contrato que hizo Abraham con el Dios Unico, y hasta hay quien supone que Iavé sería un dios local cananeo. Pero tanto si Iavé era un dios nacional antiguo (el que se apareció a Abraham en Mamré y a Moisés en el Sinaí) como el dios local cananeo, no hay duda que su transformación en el creador del universo y aun en el padre espiritual del Cristo se verificó en Jerusalén.

Jerusalén ocupa hoy dos colinas, separadas por un barranco llamado *Tyropeum*. En la colina occidental está la mayor parte de la población; la colina de Levante fue ocupada por la plataforma del templo, que es todavía hoy una área extensa cubierta por multitud de edificios religiosos. En un principio, David ocupó sólo una parte de la colina oriental, la parte inferior, que tenía la ventaja de estar más cercana a la única fuente de Jerusalén. Este espolón de la colina oriental se llamó después Millo, Ofel, Sión, y también "la ciudad de David", y allí se instaló el arca de Iavé, en un principio en una tienda, dentro del propio recinto reservado al rey.

Pero ya antes de morir, David había expropiado la parte alta de la colina, o monte Moria, con la idea de edificar en ella un templo digno de Iavé y de su pueblo. David no llegó a realizar este proyecto y el templo fue construido finalmente por su hijo Salomón, valiéndose de obreros fenicios y empleando materiales de construcción que desde Tiro llegaban por mar a Jaffa, el puerto más cercano a Jerusalén. Las construcciones no se reducían al templo; éste, en realidad,



La idolatría de Salomón, por Sebastián Conca (Museo del Prado, Madrid). El tercer rey de Israel fue continuador de la obra de su padre David. A causa de la decadencia de Egipto y Babilonia, su reino alcanzó una total preponderancia en el Próximo Oriente. La prosperidad de que gozó corrompió su corazón, tomando por esposas a mujeres extranjeras y entregándose a los cultos idolátricos que ellas le enseñaban.

ocupaba sólo una pequeña parte de la colina. Entre los orientales y entre las gentes del mundo entero perduran los recuerdos de David y Salomón envueltos en leyendas gloriosas de santidad y de justicia. Pero muchos de los Salmos que constituían la principal gloria de David se atribuyen ahora al período posterior a la cautividad de los judíos y, en cambio, la Biblia recuerda hechos muy censurables de este monarca. Salomón, a quien se ha despojado modernamente de muchos de los escritos que por error se le atribuían, aparece en el Libro de los Reyes como un déspota oriental, hábil, sanguinario y fatuo, constructor de exóticos edificios. La misma Biblia cuenta por centenares las mujeres de Salomón y recuerda su lujo, impropio del monarca de un pueblo que acababa de salir del nomadismo.

Pero ambos, David y Salomón, serán siempre recordados como los fundadores o reconstructores de Jerusalén. Porque si ellos pierden en valor espiritual a medida que la crítica los contempla desapasionadamente, Jerusalén crece y crecerá cuanto más tiempo vaya pasando. Es la ciudad santa por excelencia.

David y Salomón dieron a los hebreos sus únicos días de prosperidad. El reinado de David, desde el año 1005 al 972 antes de J. C., fue una época extraordinariamente favorable, porque Asiria no era todavía un peligro. Además, David era un gran guerrero y, al mismo tiempo, poeta, preciosa mezcla de artista y hombre de acción que resulta siempre irresistible. Salomón, viendo que su país era pobre, se había ingeniado en traficar con la India, y asociado con su amigo el rey fenicio Hiram, de Tiro, mandaban ambos, cada tres años, sus armadas a Ofir, que al parecer estaba en las costas del océano Indico. Hiram contribuía con marineros y técnicos navales para construir los buques; Salomón proporcionaba el puerto de Elat, en el golfo oriental del mar Rojo, que había sido una de las conquistas de su padre David. Las ganancias eran enormes y se repartían a medias, proporcionando a Salomón recursos

CRONOLOGIA PALESTINA: II. DEL CISMA A LA DESAPARICION DEL REINO DE JUDA (922-721)

TABLA CRONOLOGICA	MESOPOTAMIA	PALESTINA		EGIPTO
		Escisión del reino israelita en dos estados: Judá, fiel al hijo de Salomón, e Israel con Jeroboam.		XXII dinastía (950); Egipto unificado bajo monarcas libios.
		REINO DE ISRAEL	REINO DE JUDA	
920		Jeroboam (922-901) consolida el cisma de las diez tribus y funda el reino de Israel.	Roboam acierta a conservar la lealtad de dos de las doce tribus.	
900	Asurnasirpal (883-859) destruye la potencia aramea en Mesopotamia.	Baasa (900-877) funda la nueva capital, Samaria.		
850	Salmanasar III (858-824), rey de Asiria.	Acab (869-850); predicación del profeta Elías.		
	Revueltas, crisis dinástica e interregno en Asiria (827-809).	Jehú (842-815); los asirios toman Samaria; Israel debe pagar un tributo anual.	Asa (913-873).	
800	Adad Nirari (809-782); empieza la expansión por Siria, conquista de Damasco.	Joás (801-786); influencia creciente de Israel sobre Judá.		
750		Jeroboam II (786-746); crecimiento del reino israelita; predicación de Oseas.	Atalías (842-837).	
		Crisis interna en el reino israelita (747-745).		
	Tiglat Pileser (745-727); nuevo crecimiento de Asiria.	El rey Menahem debe pagar tributo a los asirios.		
		Oseas (732-724) se niega a pagar el tributo a los asirios y éstos cercan Samaria.		XXIII dinastía (750); creciente influencia nubia y etíope.
721	Sargón II, monarca asirio a partir de 721.	Caída de Samaria, capital de Israel, y destrucción del reino por los asirios (721).	Azarías (783-742).	

suficientes para sostener una corte fastuosa de gran monarca oriental, pero que impresionó sólo a medias al pueblo judío. La prueba es que, a la muerte de Salomón, la nación judía se dividió en seguida en dos reinos. Además, las tribus guerreras del Norte no vieron con buenos ojos esta monarquía fastuosa de la casa de David, con una capital en el territorio de Judá y con tendencia a centralizar el culto en Jerusalén. El descontento ocasionó la secesión, con un estado en el Norte, cuya capital fue Samaria, constituido por la mayoría de Israel, y otro en el Sur formado por las tribus de Judá y Benjamín, que se mantuvieron fieles a los descendientes de Salomon, con la capital en Jerusalén.

Estas dos monarquías rivales fueron una de las causas de la corrupción de los hebreos. Las dos pequeñas cortes de Jerusalén y de Samaria dieron ejemplos lamentables de desorden e idolatría. Un santuario de Iavé para las tribus del Norte se estableció en Betel, pero pronto se llenó de los ídolos de Baal y de Astarté. Igual sucedía en la colina del templo de Jerusalén. Copiamos, con temor de escandalizar al lector, la descripción que hace la Biblia de la purificación del templo en tiempo del rey Josías de Judá: "Y ordenó que todos los vasos para el culto de Baal y para el culto de Astarté, y de las demás huestes de dioses, fuesen sacados del templo y destruidos en el torrente de Cedrón... Y quitó del templo la estatua de Astarté... Y destruyó las casas de los sodomitas que estaban dentro del templo del Señor y de las mujeres que tejían velos para Astarté... y

quitó los caballos consagrados al Sol, que tenían sus establos a la entrada del templo, y quemó con fuego los carros del Sol...".

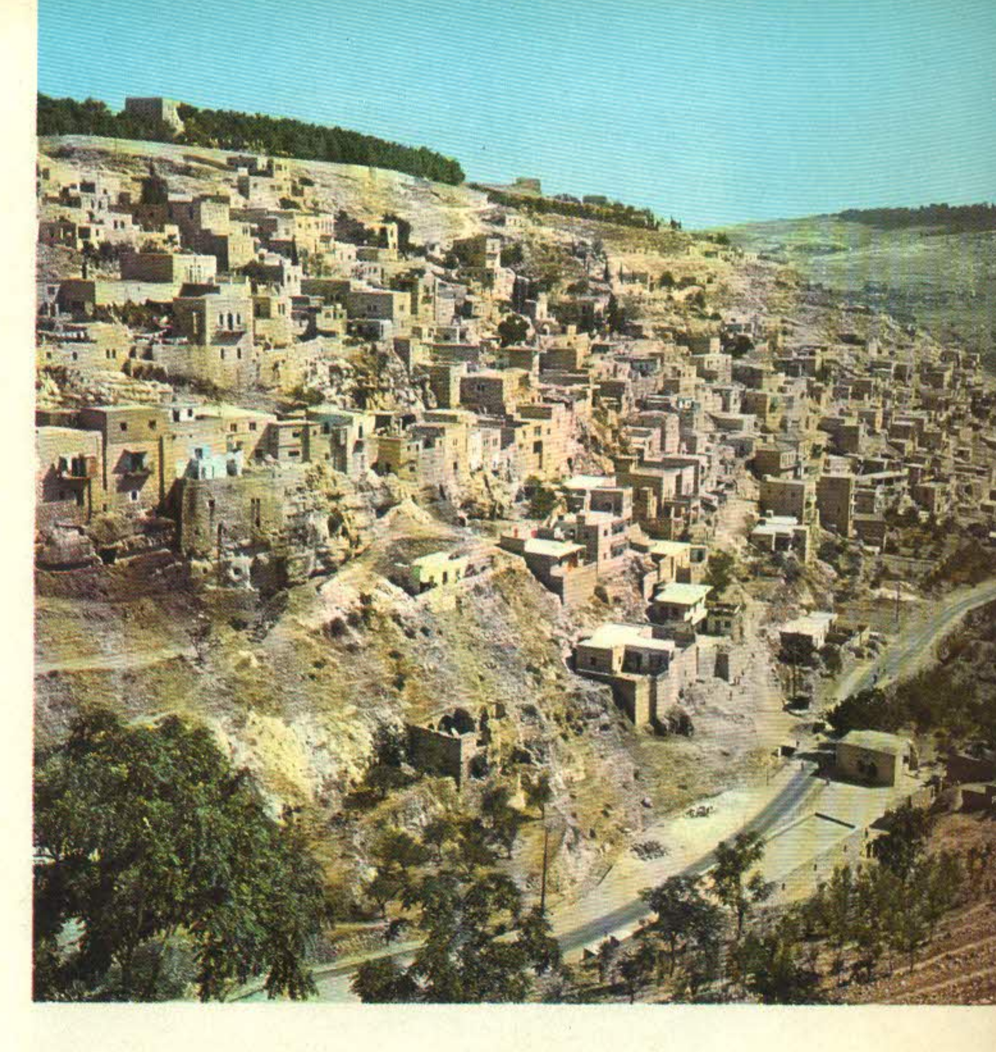
He aquí, pues, el primer problema que se presentó a los profetas. Si Iavé, el Dios Unico, había cumplido su parte en el contrato, dando a su pueblo la tierra de Canaán, ¿cómo podía tolerar tanta perversión y apostasía?... Iavé, el que hacía humear el Sinaí, el que tronaba en las nubes peleando contra los filisteos en tiempo de Saúl, ¿cómo podía ahora perdonar tanta herejía?

El primero que trató de contestar categóricamente a esta pregunta fue Amós, un pastor de Tecué, cerca de Jerusalén. Un día de fiesta, hacia el año 760 a. de J. C., Amós se presentó en el santuario de Betel, lleno de gente, y pronunció un terrible discurso que nos ha conservado la Biblia, con párrafos muy cortos llenos de fulminantes amenazas. Aquel pastor, que se alimentaba con el fruto amargo del sicómoro en los desiertos de Judea, levantó su voz delante del gran sacerdote Amazías, en el santuario real de Betel, para decirle: "Tu esposa se venderá en la ciudad y tus hijos e hijas morirán al filo de la espada; tu patria será dividida a cordel y tú morirás en tierra extraña... Así ha dicho Iavé.

"Yo detesto, dice Iavé, vuestras fiestas; huyo de vuestras asambleas; aunque me ofrezcáis inciensos y presentes, no los recibiré ni miraré vuestros sacrificios. ¡Alejaos ya con vuestros cantos, no quiero volver a oír la melodía de vuestros laúdes!".

Las imprecaciones de Amós rayan en lo indecoroso. "Las mujeres de Samaria son vacas de Basán, que maltratan a los pobres, estrujan a los necesitados y dicen a sus maridos: –Traed vino y beberemos... Venid a Betel a pecar y al santuario de Guilgal a multiplicar vuestras faltas. ¡Podéis ofrecer sacrificios por la mañana y vuestros diezmos cada tres días!...– Pero Iavé ha jurado que os cogerá con un gancho, y cogerá a vuestros hijos con un anzuelo, y saldréis como vacas por la brecha de la muralla y se os repartirán como una presa."

De manera que la solución de Amós parece ser ésta: Iavé ha dado la tierra a su pueblo, y como su pueblo no le ha sido fiel,



Vista parcial de la actual ciudad de Jerusalén. Tras la construcción del templo de Salomón, esta ciudad se convirtió en el centro político y religioso de los hebreos. Al dividirse el reino quedó como capital de Judá. Tomada por Nabucodonosor a principios del siglo VI a. de J. C., fue devastada cruelmente. Al regresar los judíos de Babilonia reconstruyeron la ciudad y el templo.



Bosque de cedros en el Líbano, de donde, según la Biblia, fue traída a Jerusalén la madera para construir el templo de Salomón.

Iavé quitará a su pueblo esta tierra de Canaán y será llevado a un país extraño. Pero, así y todo, no se explica la lentitud con que Iavé procede a ejecutar su venganza. El segundo problema es, pues: si Iavé es un dios fuerte y justo, ¿por qué demora para otra generación el castigo?

Otro profeta, poco posterior a Amós, el llamado Oseas, hijo de Beri, da la solución de este enigma: Iavé no castiga a su pueblo todavía porque lo ama a pesar de la corrupción en que ha caído. Para hacer evidente esta verdad a los ojos de sus contemporáneos, da un ejemplo con su vida. "Y Iavé dijo a Oseas: –Ve y toma por esposa a una prostituta, porque el pueblo se prostituye lejos de Iavé.– Y Oseas tomó por esposa a Gomar, hija de Diblaim, la que concibió y tuvo un hijo. Y Iavé dijo a Oseas: –Llama a tu hijo *Jizreel,* que quiere decir "dentro-de-poco", porque dentro de poco castigaré al reino de Israel y a la ciudad de Samaria.

"Gomar concibió otra vez y tuvo una hija y Iavé dijo a Oseas: –A ésta llámala *Lo-Ruchama,* que quiere decir: "basta-de-piedad".– Por fin nació un tercer hijo y Iavé quiso que se llamara *Lo-Ammi,* esto es: "ya-no-sois-mi-pueblo"."

Con esta parábola viviente de su propia historia, Oseas trata de explicar la conducta de Iavé. Dios ama a su pueblo prostituido, como Oseas ama a su esposa prostituta y a sus hijos; ella le es infiel y el profeta la rescata, comprándola otra vez a su nuevo amante. Así lo hace Iavé. ¡Cuánta paciencia por amor! Pero la ruina es inminente. Iavé va a arrojar a su pueblo de la tierra que le ha dado; no puede consentir por más tiempo tanta corrupción. Oseas habla con la misma desnuda impudencia que Amós. "Mi pueblo –añade Oseas– consulta estatuas de madera y espera oráculos de un bastón."

La profecía de Oseas es terrible contra el reino del Norte. Samaria es aún peor que Jerusalén. "El reino de Samaria desaparecerá



Oleo sobre tabla del siglo XV que representa al profeta Elías (Museo Bizantino, Grecia). Este profeta y taumaturgo vivió en el siglo IX antes de J. C. y predicó el culto a Yahvé en el reino de Israel. Su historia viene narrada en el Libro de los Reyes, de la Biblia.

como la espuma se deshace en la superficie del agua."

Sobre todo, estos primeros profetas, Amós y Oseas, muéstranse furiosos contra las injusticias sociales. He aquí otro problema, el capital problema de la vida, que es el tema predominante del Libro de Job. "Los impíos obran el mal, abusan de los pobres, adulan al rey con su malicia y a los jefes con sus falsos testimonios; corrompen a los jueces, son todos adúlteros, y Iavé no los castiga, antes bien parecen favorecidos por el cielo." Este es todavía el problema. ¡Y qué problema, para hombres del siglo VIII a. de Jesucristo! Porque hay que recordar que los hebreos no creían en la recompensa de una vida futura. Como en el poema babilónico de Gilgamés, como en el Libro de los Muertos de los egipcios, la Biblia anterior al Cristo no presenta otra perspectiva de la existencia de ultratumba que la de un *hades* subterráneo, llamado *scheol,* donde los muertos llevan una existencia lánguida, apagada, sin pena ni gloria. La justicia de Iavé parece debería castigar a los malvados aquí en la tierra, mientras en ella habitan, y, sin embargo, se le escapan impunemente.



El profeta Elías sacrificando al verdadero Dios en presencia de los sacerdotes de Baal, vidriera de la escuela de Hans Jacob Nuscheler, de Zurich (Museo del Louvre, París).

CRONOLOGIA PALESTINA: III. DE LA DOMINACION ASIRIA A LA RESTAURACION DEL REINO ISRAELITA (721-515)

TABLA CRONOLOGICA	PALESTINA: REINO DE JUDA	CIVILIZACIONES CIRCUNDANTES
– 700	Ezequías, rey de Judá (716-687).	Salmanasar V y Sargón II: conquista del reino de Israel (721).
		Senaquerib en Egipto: Jerusalén dentro de la influencia asiria (704).
		Asurbanipal, rey asirio desde 668.
	Josías, rey desde 640 hasta 609.	
	Sedecías (598-587).	
– 600		Caída de Nínive ante las fuerzas aliadas de babilonios y medos (612). Nabucodonosor, rey de Babilonia.
	Conquista de Jerusalén por los babilonios (586).	
	La cautividad de Babilonia (586-538).	
		Ciro, monarca persa (559).
		Conquista de Babilonia por Ciro (539).
		Edicto de Ciro devolviendo la libertad a los judíos.
	Regreso a Palestina (537); predicación de Zacarías.	
– 515	Construcción y dedicación del templo (515).	

La solución que dan a este tercer problema es también interesante. Todo el pueblo debe ser solidario de las culpas de unos cuantos, porque Iavé no va a castigarlos uno por uno... Si uno obra mal es porque no hay piedad en la mayoría. Iavé quiere también vengar las injusticias sociales con la ruina de la nación entera. El pobre y el oprimido serán vengados al mismo tiempo que Iavé. Así tomó cuerpo entre los profetas la idea, casi el dogma, de la ruina de Israel. Sólo la destrucción nacional, como holocausto colectivo, podía satisfacer su deuda con Iavé y resarcir el daño que hacían los malvados. Esta solución nos repugna; acostumbrados a nuestro individualismo moderno, nos parece muy cruel e injusto el sacrificio de toda una nación. Pero si recordamos que ya en el Decálogo, según la propia palabra de Moisés, Iavé castiga hasta la cuarta generación, la idea de los profetas no puede ser más razonable. Aun tomando lo de la cuarta generación al pie de la letra, cada uno tiene sesenta y cuatro antecesores directos, harto suficientes para que haya entre ellos uno culpable en un pueblo corrompido.

De manera que la ruina de la nación era inevitable, según la ley de Iavé, y las señales de su cólera eran evidentes. El nubarrón de Asiria se iba haciendo cada vez más amenazador; Nínive sería el instrumento de Iavé para consumar su venganza. Era hacia el año 746. Los ejércitos de Teglatfalasar habían tomado ya a Hamath en Siria; Damasco y Samaria iban a caer dentro de poco. Después tocaría el turno a Jerusalén. ¡He aquí la venganza de Iavé! Porque ya se sabía lo que significaba la conquista asiria: destrucción y deportación en masa, lo mismo que Iavé había predicho por boca de Amós y Oseas. Cabía preguntarse, como un último enigma: si, el pueblo es culpable, ¿pero no pueden el rey y el pueblo, con un cambio de vida y sincero arrepentimiento, mover a Iavé a compasión?

El que trató de contestar a este punto fue

LA MISION DE LOS PROFETAS EN LA RELIGION ISRAELITA

Epoca de los profetas más importantes: Isaías, hacia la mitad del siglo VIII; Jeremías, hacia el año 600; Ezequiel, hacia el año 600. Los doce profetas menores son Amós, Oseas, Joel, Abdías, Jonás, Miqueas, Naham, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías.

La traducción literal del vocablo hebreo correspondiente a "profeta" es "portavoz", "el que habla". El profeta es, pues, el hombre que habla en nombre de Dios. Según las creencias judaicas y cristianas, el profeta es llamado, instruido e inspirado por Dios para que manifieste su voluntad a los hombres.

El profeta, la inspiración profética, representa por su continuada repetición en la historia israelita un medio normal de fortalecimiento de la fe.

Por su separación de la Iglesia oficial, por su directa y exclusiva vinculación a Dios, por su actitud combativa y su santidad, cada profeta es un fenómeno individual y extraordinario en la vida de Israel.

La aparición del profeta se relaciona estrechamente con los acontecimientos de su tiempo, con frecuencia desgraciados para el pueblo elegido. El profeta interpreta los hechos contemporáneos a la luz de una visión providencial de la historia. La adversidad es presentada como castigo de Dios.

Los profetas, sucediéndose unos a otros a través del tiempo, protagonizan la evolución de la religión israelita, desarrollando la alianza sagrada concluida por Abraham y Moisés y anunciando la llegada de un Mesías: de ahí su carácter "profético", pues anticipan lo que va a suceder.

La predicación profética toma un carácter moralizador ante las costumbres.

La predicación profética toma un carácter político: una desviación colectiva del pueblo elegido, de la que se responsabiliza a reyes y sacerdotes, es la causa de la desgracia.

La predicación profética tiene un elevado sentido religioso.



Estela del rey Mesha, jefe de las tierras de Moab, que en el siglo IX a. de J. C. venció a la coalición de los reyes de Israel y Judá (Museo del Louvre, París). La reconstrucción e interpretación del texto ensalza el poder de Kamosh, dios de Moab.

Placa semicircular del siglo XII con esmalte sobre cobre que representa un episodio de la vida de Elías: el de su encuentro con la viuda de Sarepta (tesoro de la catedral de Troyes, Aube).

el más grande de todos los profetas hebreos, el llamado Isaías, sublime poeta cuyas palabras todavía conmueven a la mejor parte de la humanidad. Isaías era judío, de Jerusalén, y probablemente de sangre real, mas para dar mayor fuerza a sus predicaciones usaba de los mismos métodos de los profetas anteriores: iba vestido de saco, imponía a sus hijos nombres proféticos, llevaba letreros en la espalda, y hasta llegó al extremo de presentarse, durante tres años, completamente desnudo por las calles de Jerusalén, como significando la desnudez en que se encontrarían los judíos en el cautiverio. Algunas de sus imprecaciones no tienen nada de nuevo, nada dicen que no hubieran dicho ya Amós y Oseas. Por ejemplo, aquellas estrofas con que empieza la compilación de sus profecías en la Biblia:

"¡Cielos, escuchad; tierra, prepárate a oír! Porque Iavé va a hablar: –He criado hijos, los he hecho crecer y se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo y el asno conoce su establo, pero Israel no comprende, mi pueblo no quiere comprender. ¡Oh nación corrompida, cargada de iniquidad! ¡Raza de negociantes, hijos de perdición!...".

Así empieza Isaías, y cuando parece que va a lanzar no más que una serie de maldiciones, de pronto cambia de tono y deja ver un rayo de esperanza:

"Lavaos las manos, purificaos, dice Iavé. Que no tenga delante de mí vuestras malas acciones. Cesad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien. Honrad la justicia. Prote-



El profeta Isaías, que vivió en la segunda mitad del siglo VIII a. de J. C., detalle del altar portátil de Eilbertus Coloniensis (Kunstgewerbemuseum, Berlín). Es considerado como el más grande de los profetas por la claridad con que anunció la venida del Mesías.

LOS TEXTOS PROFETICOS EN QUMRAM

No cabe duda de que el profetismo bíblico es un hecho extraordinario en la historia de la humanidad. Durante siglos se le consideró desligado de su contexto geográfico y cronológico, hasta que el desarrollo de la arqueología y el mejor conocimiento de la historia del Antiguo Oriente han puesto de manifiesto la existencia de profetas en otras civilizaciones, principalmente en Mari, con rasgos parcialmente coincidentes, pero no del todo iguales, porque, a pesar de los avances de la ciencia, el caso bíblico sigue siendo único y distinto de los demás pueblos orientales. Distinto en sí, porque en la Biblia el profetismo alcanza un contenido muy superior al de los demás pueblos orientales juntos, y distinto, sobre todo, por la repercusión que ha tenido a lo largo de la historia.

El profeta bíblico contribuyó eficazmente a modelar la vida de un pueblo pequeño y pacifista. Gracias a los profetas y a las ideas religiosas y sociales que predicaron, Israel logró sobrevivir, mientras que todos los potentes imperios de entonces (egipcio, hitita, asirio, etc.) desaparecieron. El entusiasmo y la fuerza moral de los profetas bíblicos tuvieron considerable eco entre sus coetáneos, como consecuencia de su activa intervención en los asuntos políticos y de sus constantes exhortaciones al monoteísmo, a la pureza, a la rectitud, a la justicia social, etc. Los reyes y el pueblo hacían caso de sus palabras.

Parece que sus ideas tendrían que haber caído en el olvido cuando pasaron las difíciles circunstancias de un momento concreto. Pero no fue así, sino que las enseñanzas de los profetas fueron registradas escrupulosamente, conocidas y estudiadas para ser transmitidas a las generaciones sucesivas.

Fijémonos, por ejemplo, en el período de dos siglos que media entre el año 100 antes de J. C. y la destrucción del templo de Jerusalén por los romanos (año 70 de nuestra era), que acabó con la independencia judía. Es innecesario explicar que el mesianismo de Jesucristo se basa principalmente en los textos de Isaías. Por el contrario, parece conveniente referirse con algún detalle al elevado aprecio de que gozaron los profetas en la comunidad esenia de Qumram.

La joya más preciada de los descubrimientos de Qumram son precisamente dos manuscritos del texto hebreo del profeta Isaías. Uno de ellos (Isaías A) es un rollo de 25 cm de altura, formado por 17 trozos de pergaminos cosidos entre sí hasta formar una tira de casi siete metros y medio de largo, que contiene los 66 capítulos de ese libro profético; el otro manuscrito (Isaías B), hallado en mal estado, ha exigido un considerable trabajo de restauración hasta comprobarse que, si no íntegro, es muy completo. El contenido de ambos rollos coincide sustancialmente con el texto tradicional de los masoretas; algunas pequeñas variantes facilitan la comprensión de ciertas imprecisiones del texto conocido.

Además de Isaías, cuya primacía es muy comprensible, en las cuevas palestinenses se han hallado fragmentos de los doce profetas menores (incluso algunos en traducción griega), sobre todo del preexílico Miqueas, por quien la comunidad de Qumram sentía cierta preferencia, quizá por su afinidad con Isaías. En cambio, de los otros profetas mayores sólo han aparecido pequeños fragmentos de Ezequiel y Jeremías, mientras que de Daniel quedan trozos más extensos y, al menos, en dos copias distintas.

En Qumram, los profetas menores no sólo eran leídos, sino también estudiados, según queda demostrado por la presencia de varios comentarios, los más extensos de los cuales se refieren a Miqueas y, sobre todo, a Habacuc. El comentario de Habacuc se conserva en dos pedazos de piel que, en conjunto, forman un rollo de casi un metro y medio de longitud; en él se comentan los dos primeros capítulos de este profeta menor, intercalando a veces literalmente sus palabras, hecho perfectamente explicable, pues parece probado que en las reuniones pías de aquel entonces solía leerse el texto sagrado y a continuación ese mismo texto sagrado era comentado frase por frase.

D. R.

ged a los que sufren violencia, y cuando hagáis justicia a los huérfanos y defendáis a la viuda, entonces venid y hablaremos.

"Aunque vuestras faltas fuesen rojas como escarlata, seréis hechos blancos como la nieve; aunque tuvierais el color del bermellón, seréis blancos como la lana. Si queréis ser dóciles, comeréis lo mejor de la tierra".

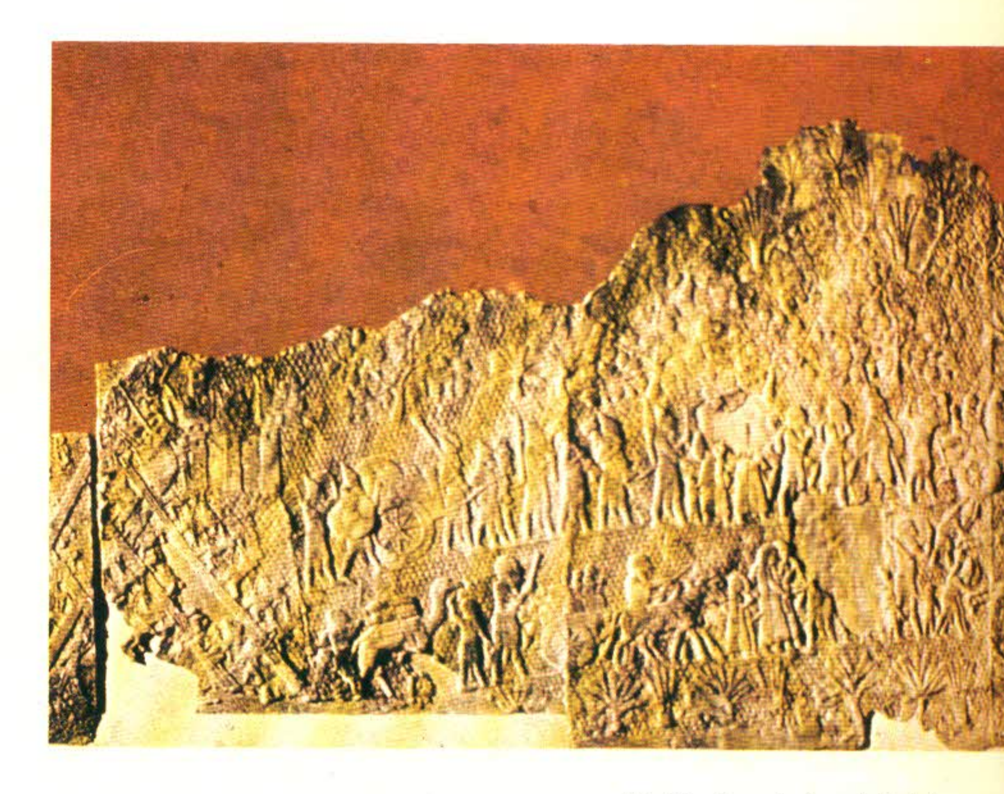
¡Ah!, todavía queda una esperanza. "Venid y trataremos, ha dicho Iavé; comeréis lo mejor de la tierra." ¿Y qué hay que hacer para esto? Pues ni más ni menos que poner siempre por obra la justicia. ¡Qué sorpresa produce escuchar esta respuesta de labios de un hombre del siglo VIII a. de J. C.! Cuando se recuerdan los extravagantes oráculos babilónicos y los de Egipto, ¡qué extrañas, qué modernas suenan estas palabras de Iavé!

Pues que hay una esperanza, ha dicho Isaías, es necesario aprovecharla. Es el año 722; el reino judío del Norte ha caído ya, y Sargón de Asiria se alaba de haberse llevado cautivos 27.290 habitantes de Samaria. Las palabras de Amós contra las "vacas" de Basán se han cumplido. En este momento subió al trono de Jerusalén Ezequías, joven de veinticinco años y amigo personal de Isaías. Ezequías trató de reconciliarse con Iavé. Por de pronto, mandó limpiar el templo, y sobre todo, como dice el texto bíblico, "Ezequías puso su confianza en Iavé". Y Iavé, según profetizara Isaías, ayudaba a Ezequías

Escena del asedio de los ejércitos de Senaquerib a la ciudad de Lachish (Museo Británico, Londres).

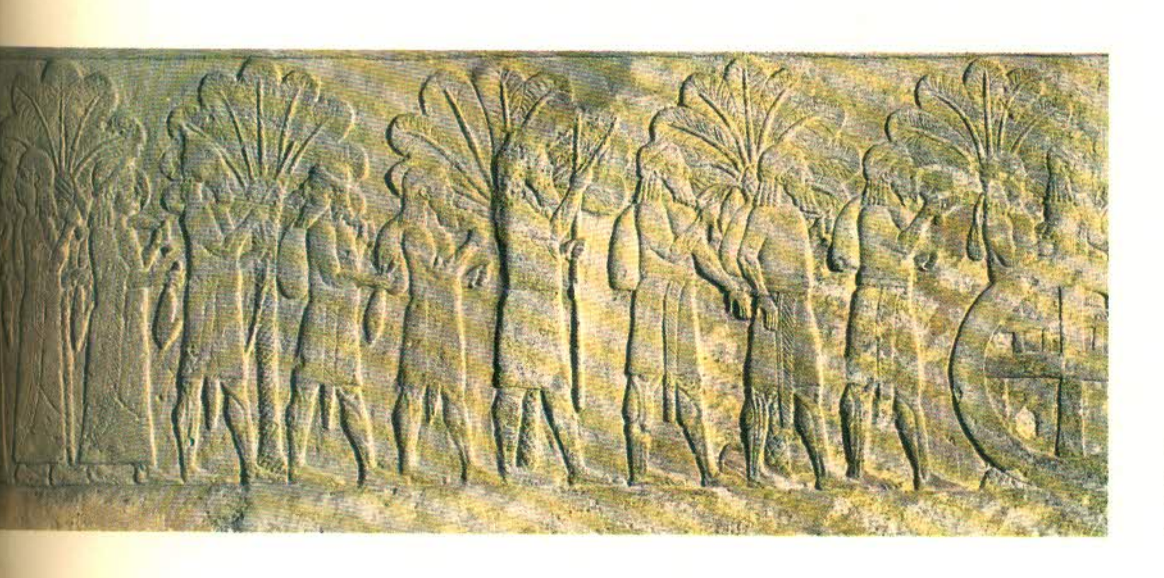
en todo lo que emprendía. La Biblia añade, como el colmo de la protección de Iavé, que Ezequías "se rebeló contra la Asiria y no fue castigado". Este punto, el más interesante de las experiencias de Ezequías e Isaías, merece explicación.

Allá por el 701, cuando Senaquerib, que había sucedido a Sargón en el trono de Asiria, se presentó otra vez amenazador en Palestina, instaló su campo delante de la ciudad de Lachish, en el norte de Palestina, mientras sus milicias arrasaban las ciudades de Judea: era la "nube de langostas" que habían anunciado los profetas. La única ciudad que se defendía era Jerusalén llena de fugitivos. Para obtener la retirada del ejército asirio, Senaquerib impuso a Ezequías la entrega de treinta talentos de oro y trescientos de plata: una suma enorme. Pero ni esto satisfizo a Senaquerib, que desde su campo de Lachisch envió tres embajadores para que parlamentaran con los sitiados de Jerusalén. Los representantes de Ezequías hablaron desde lo alto de las murallas con los enviados de Senaquerib. "Habladnos en siríaco, que nosotros entendemos bien, y no nos habléis en hebreo, que puede espantar al pueblo que nos escucha", dijo el parlamentario judío. Sin hacerle caso, uno de los capitanes asirios gritó todavía en hebreo: "No os dejéis engañar por vuestro rey Ezequías, esperando la ayuda de Iavé... No escuchéis a Ezequías. Haced la paz y comerá cada uno de su viña y de su higuera y beberéis el agua de vuestras cisternas... No escuchéis a Ezequías, que os engaña diciendo: Iavé nos salvará. ¿Han salvado a sus naciones los dioses de Hamath y Arpad? ¿Han salvado a Samaria? De todos estos dioses, ¿cuál ha salvado a su país? ¿Cómo esperáis, pues, que Iavé os salve a vosotros? – Y todo el pueblo calló y no dijo palabra, porque Ezequías había ordenado que no se contestase a los parlamentarios."



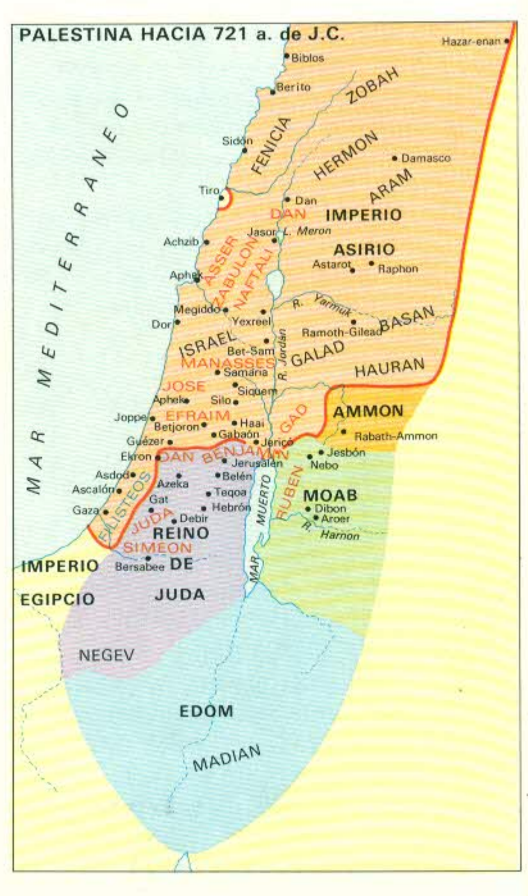
Habitantes de la ciudad de Lachish, reino de Israel, marchando al destierro tras la toma de la ciudad por las tropas de Senaquerib a principios del siglo VII a. de J. C. (Museo Británico, Londres).

¡Qué terrible ansiedad! Por fin iba a manifestarse el poder de Iavé. En esta ocasión demostró Isaías que era el gran profeta de Israel... Parecía insensatez, locura rematada resistir, pero Isaías aconsejó a Ezequías la resistencia. Milagro, suerte, vicisitudes de la guerra, o lo que fuere, lo cierto es que Iavé triunfó: una peste asoló el campo de los asirios delante de Jerusalén y Senaquerib tuvo que regresar a Nínive sin haber tomado la ciudad de Iavé porque se había rebelado Babilonia. Por espacio de algunos años, "el dogma de la ruina de la nación" fue olvidado y hubo paz para cantar, esperando todavía un reino mejor. ¡Qué efecto debían de hacer entonces, en pleno triunfo de Iavé, estos versos de Isaías, que todavía nos enternecen a nosotros!:



Convoy de prisioneros arameos deportados por los asirios (Museo del Louvre, París).

El profeta Jeremías, que comenzó su predicación profética a fines del siglo VII *antes de J. C., detalle del altar portátil de Eilbertus Coloniensis (Kunstgewerbemuseum, Berlín). Predijo la venida del Mesías, la caída de Jerusalén y la cautividad del reino de Judá en Babilonia, siguiendo la suerte del reino de Israel, por lo cual fue perseguido y maltratado.*



"El pueblo que marchaba en tinieblas ha visto una gran luz, una luz que resplandece sobre todos los que habitaban el país de la sombra de muerte.

"Tú, Iavé, has multiplicado la nación; tú has aumentado su alegría: se alegran ante ti como se alegran las gentes el día de la cosecha...

"Porque nos ha nacido un niño, nos has dado un hijo que llevará el reino sobre sus espaldas. Le llamarán el consejero, el admirable, un dios, padre eterno, príncipe de paz...".

¿Quién es este niño, que será el príncipe de paz, admirable y consejero?... No lo sabemos, pero la esperanza en un Mesías empieza a notarse. Sin embargo, el tema capital es el júbilo de la paz; no se advierte rencor, ni deseo de venganza, en aquellas consoladoras palabras. Otro profeta, contemporáneo de Isaías, añade estas frases, que se recordaron con insistencia en los días que siguieron al armisticio, después de la guerra de los años 1914-1918:

"Y llegará un día –dice Miqueas– que la montaña de Iavé se levantará sobre las otras montañas y colinas, y los pueblos acudirán a ella.

"...Y Iavé juzgará a las naciones de los países lejanos, y de las espadas se harán guadañas y de las lanzas se harán arados – y ninguna nación levantará la espada contra otra nación – ni se harán más la guerra...".

¡Sublime esperanza! ¡Y cuán lejos estamos aún de este sueño de bondad de los profetas hebreos!

El período de paz que siguió a la liberación de Jerusalén, después de la amenaza de Senaquerib, parece que fue de gran actividad intelectual y religiosa. El territorio de Judá había quedado devastado por los ejércitos asirios y el reino se había reducido en ex-

tensión, pero todo lo que quedaba era para Iavé. A él se debía la milagrosa liberación; él, pues, tenía derecho a todo. Esto provocó la aparición del último profeta anterior a la cautividad, el famoso Jeremías. Como la conversión del pueblo no había sido total, Jeremías se quejaba de lo externo y material que tenían todas las manifestaciones de agradecimiento a Iavé. Para Jeremías no había remedio: Asiria volvería, Iavé no estaba satisfecho todavía. Jeremías era de la casta sacerdotal, pero no sabía leer ni escribir. Sus profecías hubo de dictarlas a un amanuense, Baruch, quien tenía el gran valor de recitarlas en público. Tan odioso se hizo Jeremías con sus persistentes maldiciones, que hubo necesidad de encarcelarlo varias veces. Un día, Iavé le dijo:

"Ponte a la puerta del templo y grita diciendo: –Escuchad las palabras de Iavé, hombres de Judea que pasáis esta puerta para prosternaros ante Iavé. Así ha dicho el Iavé de los ejércitos: Corregíos y yo os haré habitar este lugar. No os fiéis de los que os



Familia de samaritanos conducida al destierro bajo la vigilancia de un soldado asirio, según un relieve del siglo VII a. de J. C. del palacio de Asurbanipal en Nínive (Museo del Louvre, París).

PUEBLOS COETANEOS DE LOS ISRAELITAS EN SIRIA Y PALESTINA

LOS PUEBLOS DEL MAR

A principios del siglo XII se producen en Oriente grandes migraciones de pueblos: la oleada más conocida es la que rechaza el faraón Ramsés III en un lugar no determinado de Palestina o el Delta, después de que sus componentes han destruido el Imperio hitita y arrasado la parte asiática del Imperio egipcio.

Los pueblos del mar, rechazados en 1190 por Ramsés III, se establecen en Siria.

Los zeker se asientan en la Siria del Norte y son pronto asimilados por la población indígena.

LOS FILISTEOS

Se establecen en las costas de Palestina y mantendrán largo tiempo su independencia política y su personalidad étnica. Es posible que los filisteos fueran tan sólo una minoría dominante sobre una masa de población anterior. Ello explicaría la fuerte militarización de los estados filisteos, que disponían de un ejército eficaz. Los filisteos se agrupan en torno a cinco ciudades-estado autónomas, pero con una política común en sus relaciones con los otros pueblos.

EL ELEMENTO SEMITA: LOS CANANEOS

Los israelitas, al penetrar en Palestina hacia el 1200, encuentran su territorio ocupado por una población anterior de raza semita: los cananeos. Habrían sido éstos los primeros habitantes de Siria y Palestina. Mezclados con los cananeos persistirían núcleos de origen hurrita diseminados por el Norte e hititas. Estos elementos anteriores serán asimilados o dominados por los nuevos pueblos que se establecen en Palestina y Siria a partir de esta época.

LOS FENICIOS

Serían descendientes directos, étnica y culturalmente, de la población cananea.

La invasión de los pueblos del mar, la desaparición de Katti y el retroceso egipcio fomentan la sedentarización de pueblos nómadas.

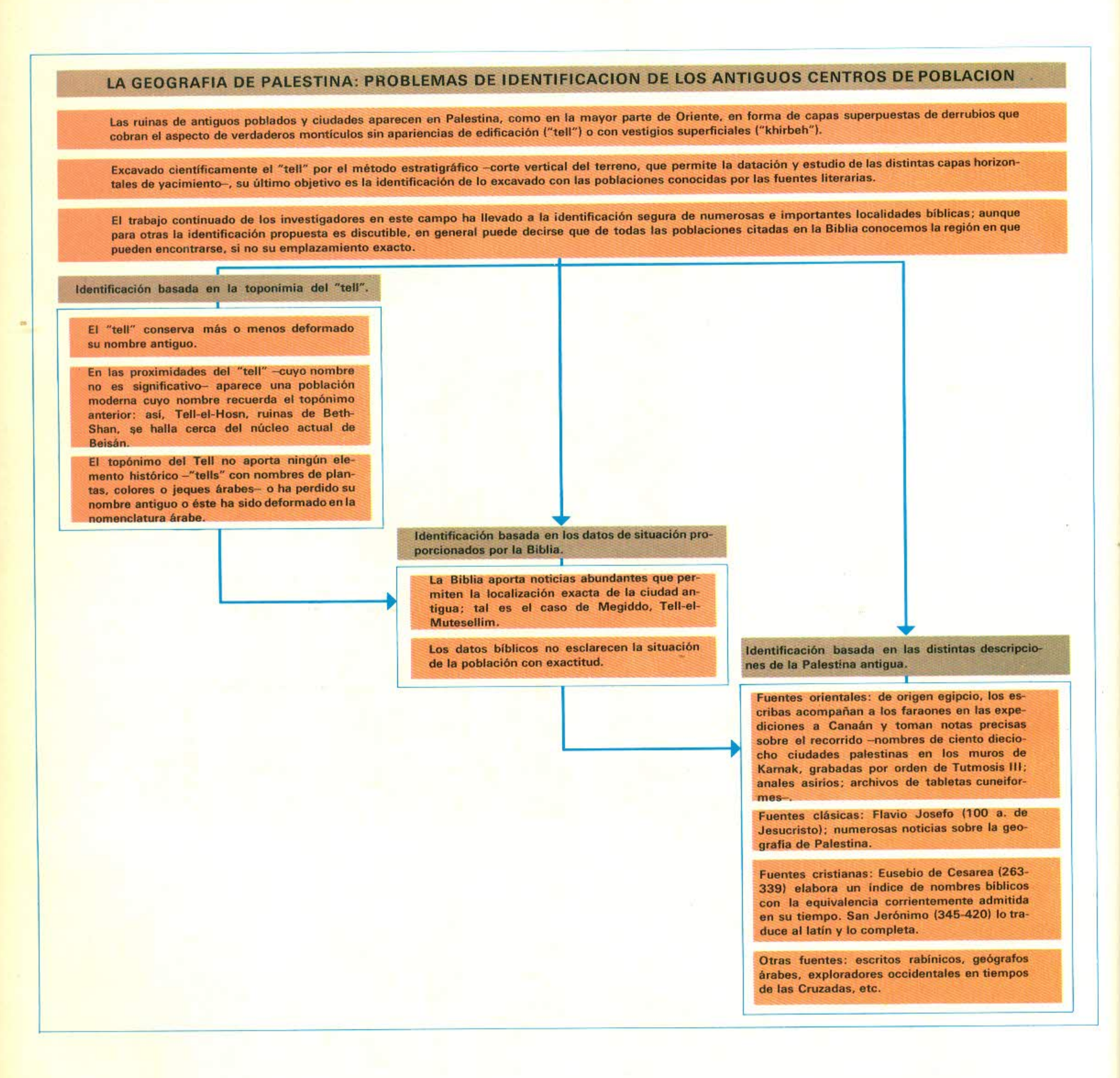
II.ª OLEADA SEMITA: LOS ARAMEOS

La población aramea se habría introducido pacíficamente desde el segundo milenio en la Siria septentrional y su género de vida predominante habría sido el pastoreo. En contacto con los cananeos e influidos por éstos en su lengua y civilización, su establecimiento en Siria no produjo una ruptura con las formas anteriores, y no debe entenderse como invasión o penetración de un elemento extraño en esta área.

OTROS PUEBLOS

Las poblaciones seminómadas que habitaban las tierras áridas entre el desierto y la franja agrícola cercana a la costa, dedicadas a la ganadería, se asientan desde el 1300 en Transjordania y se organizan como amonitas, al este del Jordán, entre los ríos Jabboc y Ammon; moabitas, al este del mar Muerto; edomitas, al Sur.

Inscribiéndose en un amplio proceso de sedentarización de poblaciones nómadas, los israelitas ocupan Canaán de forma pacífica y lenta, mezclándose, asimilando o luchando con los habitantes anteriores o los nuevos pueblos en trance de expansionarse.



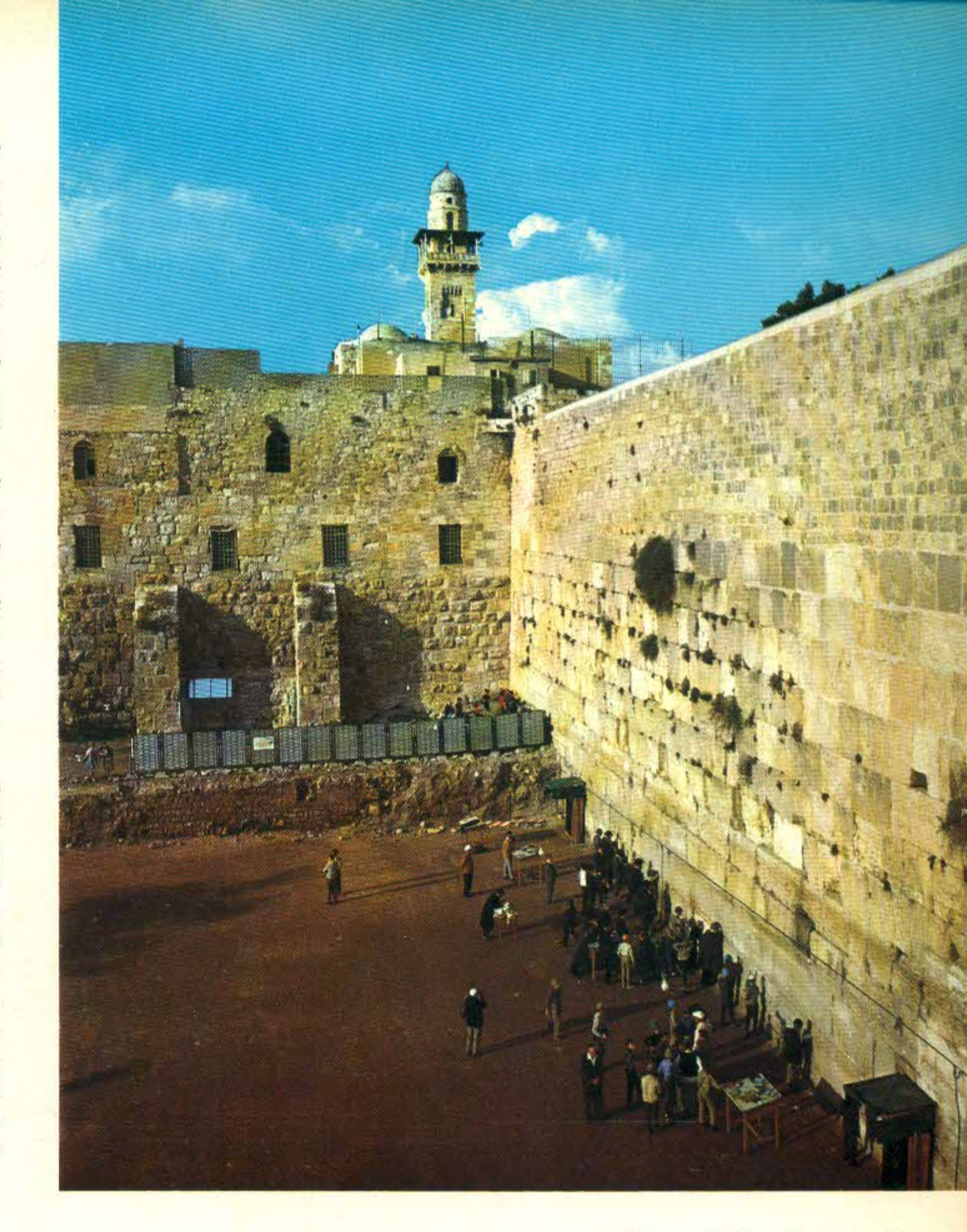
engañan, diciendo: –¡Aquí está el templo, aquí está el templo, aquí está el templo de Iavé! Pero si realmente os corregís, y practicáis la justicia unos con otros, y no hacéis daño al extranjero, ni al huérfano, ni a la viuda, y no derramáis la sangre del inocente, y no sacrificáis a dioses extraños, yo evitaré vuestra ruina, yo os haré habitar este país, que he dado a vuestros padres por siglos y siglos...".

El "discurso del Templo" debía de ofender a los sacerdotes, pues el profeta llega a llamar al templo "caverna de ladrones" y otras expresiones por el estilo. La Biblia nos ha conservado el relato del proceso contra Jeremías: el sacerdote quería condenarle a muerte, pero Jeremías se salvó diciendo que si había profetizado así había sido por orden de Iavé. Pero la tolerancia de los grandes era imposible, porque Jeremías no se reducía a predicar el retorno a la piedad mosaica, sino que se anticipaba como reformador político, proponiendo que "todos los que tenían servidores judíos los libertaran, a fin de que nadie esclavizara a su hermano".

Jeremías, de todos modos, se hizo insoportable porque era contrario a la política del rey y sus ministros, los cuales creían aún

en una alianza con Egipto para defenderse de Asiria. Pero Egipto era "una caña rota", les decía Jeremías. Un día se presentó con un yugo al cuello, prediciendo el yugo que todos los habitantes de Jerusalén habrían de llevar dentro de poco. El sacerdote Ananías arrancó al profeta su yugo y lo rompió delante de todos. Jeremías dijo: "Así ha dicho Iavé: Porque has roto mi yugo de madera, llevaréis uno de hierro...". Todo esto revela una lucha enconada entre Jeremías y el Templo: es la eterna querella entre el sacerdote y el puritano. Por fin, Jeremías fue encarcelado, aunque continuó haciendo públicas sus profecías por medio de su escriba Baruch. El rey mismo quemó el rollo en que estaban escritas. Pero los profetas tenían razón: Iavé no estaba satisfecho, y Jerusalén cayó el año 586 a. de J. C. Nada puede explicar mejor la tragedia que las frases concisas del relato de la Biblia:

"Entonces Nabucodonosor mató a todos los jóvenes con la espada, y no perdonó hombre joven, ni virgen, ni viejo de cabellos blancos. – Y llevó a Babilonia los vasos del templo de Iavé, grandes y pequeños, y los tesoros del templo y los tesoros del rey y de los jefes. – Y quemaron el templo de Iavé; demolieron las murallas de Jerusalén y entregaron al fuego todos los palacios, y destruyeron todos los objetos preciosos. – Y tomaron al rey Sedecías y en su presencia degollaron a sus hijos, y después le vaciaron los ojos, y con una doble cadena de cobre se lo llevaron a Babilonia".

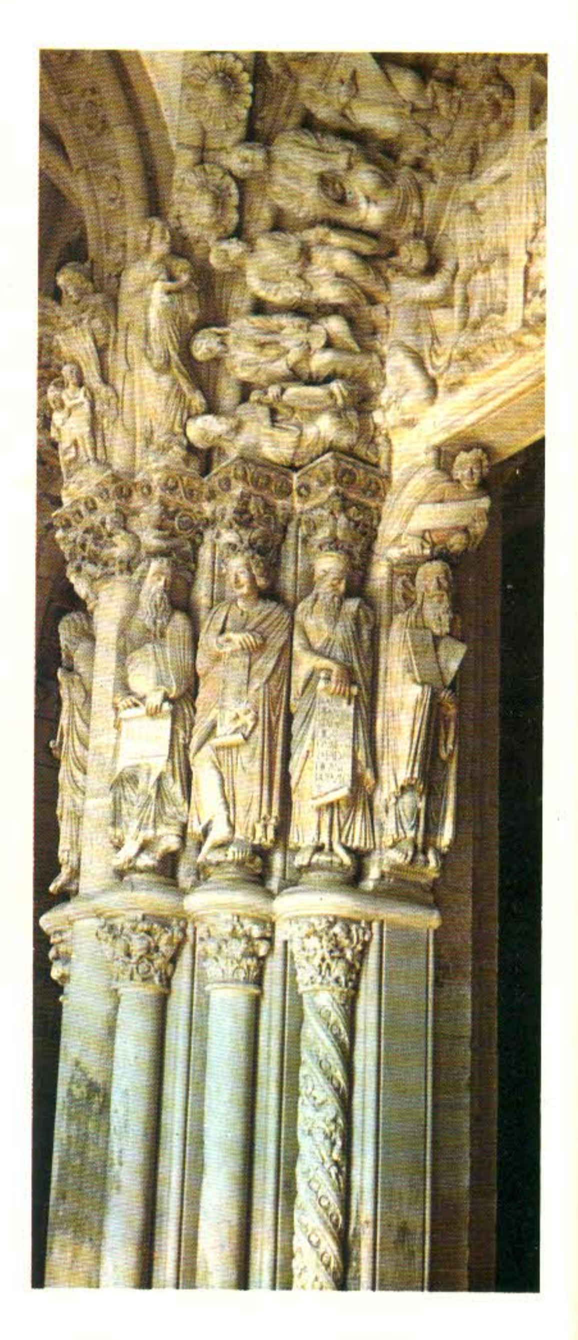


Muro de las Lamentaciones en la ciudad de Jerusalén, lugar de oración y penitencia relacionado espiritualmente con el destierro de los judíos en Babilonia.

Carro de deportación de un grupo de samaritanos, relieve del palacio de Asurbanipal en Nínive (Museo del Louvre, París).

BIBLIOGRAFIA

Barrois, A. B.	*Manuel d'Archéologie biblique,* París, 1953.
Boutflower, C.	*The Book of Isaiah in the Light of Assyrian Monuments,* Londres, 1930.
Coppens, J.	*Les douze petits Prophètes: Breviaire du prophetisme,* Brujas-Lovaina, 1950.
Chary, Th.	*Le culte dans la littérature prophétique exilienne et postexilienne,* París, 1955.
Cheyne, T. K., y Sutherland, J.	*Encyclopaedia biblica,* Londres, 1914.
Desnoyers, L.	*Histoire du peuple hébreu,* París, 1922.
Feuillet, A.	*Jonás,* París, 1951.
Fohrer, G.	*Elia,* Zurich, 1957.
Gelin, A.	*Jérémie,* París, 1950.
Gil Ulecia, A.	*Imperio mesiánico en la profecía de Miqueas,* Zaragoza, 1940.
González, A.	*Profetas, sacerdotes y reyes en el antiguo Israel,* Madrid, 1962.
Grollenberg, O. P., L. H.	*Atlas de la Bible,* París-Bruselas, 1954. – *Panorama del mundo bíblico,* Madrid, 1966.
Guillaume, A.	*Prophecy and divination among the hebrews and other semites,* Londres, 1938.
Haag, H.; Van den Borm, A., y De Ausejo, S.	*Diccionario de la Biblia,* Barcelona, 1963.
Haldar, A.	*Studies in the book of Nahum,* Upsala, 1946.
Hamilton, E.	*The prophets of Israel,* Londres, 1936.
Neher, A.	*L'essence du prophetisme,* París, 1951.
Peters, N.	*Osea und die Geschichte,* Paderborn, 1924.
Prado, J.	*Amós, el profeta pastor,* Madrid, 1950.
Pritchard, J. B.	*Ancient Near-Eastern texts relating to the Old Testament,* Princeton, 1955.
Skinner, J.	*Prophecy and religion,* Cambridge, 1936 (2.ª ed.).
Steinmann, J.	*Le prophète Jérémie,* París, 1952.
Van den Bussche, H.	*Le texte de la prophétie de Nathan sur la dynastie davidique,* EthL, 24, 1948.
Watts, J. D. W.	*Vision and prophecy in Amos,* Leiden, 1958.
Welch, A.	*Jeremiah. His time and his work,* Londres, 1928.
Winton Thomas, D.	*Documents from Old Testament Times,* Londres, 1958.



Los cuatro profetas mayores en el pórtico de la Gloria, catedral de Santiago de Compostela.